

el mismo amor. Y vosotras nos dejais solos... ¡Oh, no, solos no! Nos queda vuestra grata memoria; vuestra querida imágen está siempre ante nuestros ojos; vuestros cariñosos consejos están siempre presentes en nuestro espíritu. Y esto nos basta. Cada vez que nos asalta el tedio de la existencia, ó algun cruel desengaño hace nacer en el corazon un sentimiento de odio á los hombres, entre los hombres y nosotros surgirá vuestra imágen santa, pacificadora; nos parecerá que nos llama por nuestro nombre vuestra dulce voz con la cual nos reprendíais y amonestábais cuando éramos pequeñuelos, y doblaremos irresistiblemente las rodillas, y juntaremos las manos ante vuestra imágen y os pediremos perdon!...

En aquel momento llegó al cuartel, refunfuñando, el capitan inspector.

—¿Dónde está el oficial de guardia?—preguntó á alguien fuera de la puerta.

Vilo, salí de mi ensimismamiento, adelantéme hácia la puerta, me planté delante de él, tieso, rígido, con la mano en la visera:—¡Presente!

Me miró fijamente é hizo cierto gesto como para preguntarme: ¿qué diablos tiene?



EL HIJO DEL REGIMIENTO.

I.



MIENTRAS no hay apariencia diferente en las formas, existe entre los chicos y las chicas, una comunidad completa de juegos y solaces infantiles; pero cuando se queda para las niñas la suavidad y blandura de los contornos, y empiezan en los niños á pronunciarse las formas del hombre, entonces aquella comunidad se rompe y desaparece poco á poco. El un sexo se dirige y atiende definitivamente á las muñecas, y el otro se entrega por entero á los fusiles, á las cornetas y á los tambores.

Unida á la pasion de las armas suele crecer en los niños la pasion por los soldados; pasion tem-

plada y fugaz en algunos; en otros vehemente, irresistible y duradera. Y en esto precisamente estriba el que se manifieste de un modo palmario la diversidad de naturaleza desde el principio; pues miéntras la mujer busca y ama todo aquello que significa paz, debilidad y amor, el hombre se lanza con trasporte loco á cuanto representa fuerza, poderío y gloria.

Despues de las personas de la familia, de la casa, nuestro primer afecto, nuestro primer entusiasmo es el soldado. Son soldados los monigotes que pintarrachamos en las paredes de la escuela y en los forros de los libros; soldados, las primeras personas que nos hacen volver la cara cuando vamos por la calle, obligándonos á pararnos y á que se paren los que nos conducen de la mano; la primera moneda de cinco céntimos que nos regalan, la empleamos en comprar soldados pintados, de papel; y todo lo que pertenece á los soldados, armas, galones, plumeros, correas, fajas, tercerolas, todo, se convierte en objeto deseado, en ilusion de nuestros sueños, y en asunto de nuestras esperanzas. Hasta tal punto, que nos decidimos interiormente de un modo resuelto, á que á pesar de todas las contrariedades y pese á quien pese y cueste lo que cueste, hemos de ser soldados tan pronto como lleguemos á la edad requerida.—¡Sí, sí, soldados á todo trance; mamá llorará, y nuestro padre gritará con aquellos voce-

jónes que saca en las ocasiones solemnes de reñir, pero, nada, no importa: soldado, soldado!

Y aquí comienza la manía de las armas; y busca que busca, hasta que no quede en casa baston, pata de mesa rota, caña de escoba, libre de los arreglos del cortaplumas, instrumento indispensable para la construccion del armamento, esto-que, espada, daga ó fusil.

¿Quién no ha pasado largas horas cabalgando en una silla con el pecho contra el respaldo y tacioneándola como si le aplicásemos sendos espolazos, agitando el sable de madera en alto, y pronunciando con acento fingido y ronco las voces de mando propias de un general á la cabeza de su division? ¿Quién no se acuerda del primer sable que nos regaló el tío ó el padrino, ó el viejo oficial retirado con ocasion del dia de nuestro santo, ó en premio de nuestro comportamiento en la escuela ó por el exámen sufrido y las notas obtenidas? Y, ¡cuenta, que no se trata ya de sables de madera, con funda de carton plateado, ni de hoja de lata, de aquellos con que nos engañaban cuando éramos chiquirritines! no, sino verdaderamente sable *de verdad*, con su hoja de verdad... en fin propio para la guerra... ¡Oh, el primer sable es una inmensa felicidad!

Y en aquellas bellas mañanas de primavera (que despiertan la querencia á los libros, como dice Giusti, y vuelven locas las piernas), cuando sen-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

tados á la mesa procurábamos traducir una fábula de Fedro, buscando *los significados*, y escuchábamos de pronto el ruido de los tambores y trompetas en la calle, corríamos á asomarnos para ver desfilar la tropa y mandábamos al diablo libros y cuadernos... ¡Con qué gusto seguíamos tras los soldados hasta la plaza de armas, y nos parábamos á contemplar extáticos, los uniformes y las caras, y el vivo cabrilleo de las bayonetas reluciendo como relámpagos por encima de las cabezas de los batallones! ¡Con qué placer escuchábamos aquel clamoroso y prolongado grito de los ataques que desde el primer momento agitaba la sangre en nuestras venas é involuntariamente cerrábamos nuestros puños y redoblábamos nuestras fuerzas! ¿Quién no recuerda aquellas bellas mañanas? Cierto que al volver á casa había que sufrir las miradas hoscas del padre y aún algo peor que las miradas; pero ¿y el poder decir: he estado en la plaza de armas?—¡Ah, aquello servía como de desagravio de conciencia y era una razon que se podía aducir sin humildad y sin miedo!

¿Y quién ha olvidado el primer militar que á fuerza de andar á su alrededor se ha hecho nuestro amigo? ¿Quién no recuerda la primera vez que en el tiro al blanco hemos tenido el honor de ir á traerle en su propia gamella un poco de agua? Se la traíamos llena, rebosando, y sin embargo no

derramábamos una gota en el camino: tal era la atención que prestábamos al oficio de aguador, intentando salir airosos del honroso encargo. Y luégo dejarse ver en paseo con un cabo de cazadores, por ejemplo... ¡ah! es una de aquellas felicidades que cuando yo me pongo á pensar en ella, querría volverme muchacho para poder experimentarla otra vez, áun permaneciendo hombre y áun á costa de que se rieran de mis chiquilladas!

Y nosotros por la noche, á la hora de la retreta, acompañando á nuestro cabo llegábamos hasta la puerta del cuartel, y al despedirnos en alta voz nos citábamos para pasear al día siguiente, gritando para que lo oyeran bien los otros chicos que estaban allí parados. Y con efecto, al siguiente día se iba uno de paseo fuera de puertas y al llegar á un sitio solitario rogaba al amigo que le enseñase la bayoneta; y él le respondía á uno que estaba prohibido, y uno continuaba suplicando y ofreciendo que sólo sería un instante; y el pobre cabo miraba alrededor para ver si alguno se acercaba; y sacaba la bayoneta de la vaina con aire de misterio; y la vista de aquella hermosa hoja desnuda y brillante nos hacia estremecer; y tocaba uno ligeramente la punta con el dedo, preguntando si estaba afilada y si con un solo bayonetazo se podía matar á un hombre...

Además, la amistad de un cabo produce á

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CARRERAN DE LA UNIVERSITAT
 111

veces frutos inestimables. Entre otros el de tener siempre en el bolsillo alguna cápsula nueva, pólvora á las veces, en tal cual ocasion una cruz, botones de metal abollados, y hasta—aunque son fortunas que pocas veces se logran—hasta es posible que se llegue á conseguir un par de galones, acaso en no muy buen uso, pero siempre bastante buenos para que resalten perfectamente sobre las mangas de la chaqueta de casa: y claro, los muchachos de la vecindad despues de verlos le tienen á uno mucho respeto!!

El concepto que se tiene de muchachos acerca de la autoridad y de la prepotencia física y moral de los soldados con respecto á los demás ciudadanos, es un concepto inmensurable. Soldados que no sean un prodigio de valor y de heroismo, no pueden existir; soldados ménos fuertes que uno cualquiera de los más fuertes paisanos, es absolutamente imposible; nadie en el mundo pudo correr lo que corre un cazador; las más hermosas barbas de la ciudad son las de los gastadores; nada hay tan terrible en el mundo como un oficial con el sable desenvainado.

Y con efecto, en los teatros de muñecos ó cuando se improvisaban las comedias, podia verificarse en la escena una lucha encarnizada entre diez individuos armados; podian intervenir en la contienda príncipes y reyes, pero con sólo aparecer dos soldados con sus carabinas, todas las cabe-

zas entraban en razon y se aquietaban las gentes, y en ocasiones hasta los reyes,—si señores, sí,—hasta las coronas se inclinaban delante de los képis.

Y cuando por la noche á las altas horas oíamos de repente en la calle gritos y clamoreo amenazador á la puerta de una taberna, resonando las blasfemias é imprecaciones entre el llanto de las mujeres y los chillidos de los niños; al asomarnos á la ventana y ver brillar los sables, comprendíamos que se habia empeñado una batalla entre tropa y paisanos, ¿quién no habria hecho votos porque aquellos venciesen saliendo ilesos de la contienda? Si sucedia lo contrario, ¡qué fastidio y qué disgusto!

En cuanto á la autoridad, no suponen los chicos que haya una superior al coronel, ó al comandante militar de la plaza ¡es natural! Recuerdo una ocasion en que, miéntras pasaban por delante de casa con motivo de una solemnidad, el intendente civil, y un teniente coronel de cazadores, seguidos de una nube de empleados y oficiales de todas graduaciones, mi hermano que conocia mi flaco me dijo señalándome al intendente y para herirme en lo vivo:—mira, aquel que ves vestido de negro, manda más, mucho más que todos aquellos juntos, que llevan tantos galones de oro encima.—¡Qué disparate—contesté encogiéndome de hombros,—eso no puede ser verdad, es imposible!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CARRERA DE CIENCIAS
 FÍSICAS Y MATEMÁTICAS

Este vivísimo afecto de los niños hacia los soldados lo paga la tropa con un afecto ménos entusiasta pero no ménos profundo. Quintos apenas llegados al cuerpo, y hasta soldados veteranos, tan pronto como llegan á una ciudad desconocida buscan sus primeros amigos, sus primeros deleites, y las primeras satisfacciones para confortar su ánimo, en aquellos pelotones de pilluelos que saltan alrededor de los tambores ó preceden á los gastadores cuando el regimiento se dirige á la plaza de armas. Para ellos son las primeras sonrisas, los primeros apretones de mano; con ellos se celebran las primeras citas, los primeros coloquios confidentes y geniales, las primeras caminatas solitarias en el campo, los primeros desahogos de rabia y de amargura contra los superiores déspotas; las primeras lamentaciones sobre la dureza de la disciplina, y de ellos se reciben las primeras palabras de consuelo y las primeras reflexiones para confortar el ánimo. Ellos les escriben las cartas y ellos les leen las contestaciones que llegan de casa; ellos les cuentan las más insignificantes particularidades de la vida de familia, escuchándolos los soldados con gran placer, y á veces con una cierta ternura melancólica, porque alejados como se hallan de sus propios padres, aquellas narraciones resucitan en sus corazones sentimientos análogos, y siempre delicados, suaves y de cierta índole, que

no se experimentan en las rumorosas cuadras del cuartel. Por medio de aquellos pilluelos va poco á poco la tropa estrechando amistades con porteros y artesanos, y por medio de éstos se llega en corto tiempo á ampliar la red de las relaciones amistosas; de suerte que saben adonde recurrir á la primera necesidad si se presenta el caso, y con quién cambiar cuatro palabras en intimidad, á la buena de Dios, especialmente si entre el círculo de las amistades hay alguna buena mujer madre de un soldado.

De aquí que en el corazón de la tropa se reuna á la simpatía y al afecto por los muchachos un sentimiento de gratitud; y por medio de ellos, de sus pequeños amigos, estrechan ó contraen nuevas relaciones; y poco á poco en tal compañía ó en cual batallón no hay para ellos cara desconocida ó indiferente, y su afecto, pasado el primer impulso del entusiasmo, se hace más tranquilo pero también echa raíces profundas y persistentes. Y cuando el regimiento se va... lo he comprobado, lo he experimentado: cuando el regimiento se va, entonces buscamos á nuestras madres y vamos á colocarnos á su lado con la cara seria y provocando una pregunta que á su vez provoque un desahogo á nuestro dolor.

—¿Qué tienes, hijo?

No se responde; se aprietan los labios.

—¿Qué tienes, vamos, habla; díselo á tu madre?

No se responde; mas se desprende una lágrima que temblaba en los párpados.

—¡Oh, por Dios, dime qué es eso y no me tengas en esta ansiedad! ¿Qué te ha sucedido?—Entonces se rompe á llorar y se echa uno en brazos de la madre, contándole el caso; y ella conmovida, nos pasa la mano por la frente, exclamando:

—¡Bah, pobre hijo mio, tranquilízate; ya vendrán otros!

Con cuyas seguridades se calman nuestros dolores y se cambia la excitacion en un sentimiento de resignada tristeza.

¡Oh, madres! dejad venir con nosotros á vuestros hijos; los trataremos como si fueran nuestros, los amaremos como hermanos; salidos de entre nosotros, volverán á vuestro seno más amantes y expansivos, más fuertes y resueltos; porque entre los soldados se aprende á fortalecer el ánimo, sin que la ternura desaparezca del corazón; se aprende á amar con una clase de afecto que fortifica precozmente el espíritu.

Y en prueba de ello, os narraré un hecho ocurrido en cierto regimiento de nuestro ejército, no hace muchos años, y que me contó un amigo que tomó en él alguna parte. Procuraré recordar sus mismas palabras. Escuchad pues; pero entendámonos:

Habla mi amigo; no soy yo quien habla.

II.

Una de las últimas noches de Julio del año de 1866, nuestra division, que habia salido desde Batalla, poblachon situado en la falda oriental de las colinas Eugubianas, entraba en la ciudad de Pádua por la puerta de Santa Cruz debiendo atravesar sólo la poblacion para proseguir su camino hácia Venecia.

Aunque otros varios cuerpos del ejército hubieron ya pasado por aquella ciudad, y las rutas por nosotros atravesadas fuesen las más remotas del centro, y comunmente las ménos frecuentadas, sin embargo, la acogida que nos hizo el pueblo excede á toda ponderacion. Yo sin embargo, me acuerdo de esto como de un sueño; conservo sólo confusa reminiscencia, semejante á la que se tiene de los primeros coloquios con la mujer amada allá en los tiempos de la adolescencia, cuando tiemblan las piernas y nos ponemos pálidos del color de la ropa sacada de la colada, y se nos oscurece todo lo que nos rodea...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA